Una Viajera Aristócrata en Una Nación Moderna: Sobre los *Recuerdos de Viaje* (1882) de Eduarda Mansilla

Vanesa Miseres
University of Notre Dame, Estados Unidos

Tanto los viajes antiguos como los modernos han demostrado que el recorrido por diversos espacios y tiempos permite a un sujeto la construcción de una mirada sobre otras culturas, su sociedad y sobre sí mismos. Crónicas, diarios, notas, mapas y grabados, todos ellos como formas de registro del viaje, han revelado aquellos espacios en donde se establece una "zona de contacto" (Pratt, p. 26-27) con el otro. En el ámbito académico, a propósito de la apertura de las denominadas "literaturas fundacionales," el análisis del relato de viaje ha cobrado en las últimas décadas, un particular protagonismo como objeto de investigación de diversas disciplinas que analizan en estas representaciones el contraste entre culturas y la existencia de modos atípicos de enunciación de la subjetividad en la escritura. Es así como, dentro del corpus de la literatura fundacional latinoamericana, hoy en día es posible pensar a los relatos de viaje (como los de Humboldt, La Condamine o los viajeros ingleses en Sudamérica) como parte integrante de la materia literaria del continente, en la medida en que estos textos sirvieron al sector criollo de cada nación como un referente importante para la creación de los tropos y metáforas con los cuales construir una imagen nacional que se asuma como homogénea luego de la independencia de cada país (Prieto, p. 37, 165).

Al mismo tiempo el relato de viajes fue sentando normas de escritura que privilegiaron una perspectiva predominantemente masculina, es decir, se asumió como parámetro general de la narración de un viaje la existencia de un sujeto encargado de observar, investigar o explorar su propia subjetividad en nuevas dimensiones geográficas y espirituales, generalmente alejadas del espacio privado de la propia cultura y del hogar, es decir, lejanas a las esferas de acción del género femenino (Paatz, p. 67). Indefectiblemente este imaginario dejó un espacio complejo de acción para aquellas mujeres que emprendían viajes y escribían sobre ellos a pesar del reducido número de posibilidades que tenían para hacerlo o de los prejuicios sociales que recaían sobre las que se lanzaban a espacios y actividades por fuera del recinto del hogar.

Aunque de modos menos visibles desde esta perspectiva masculina canonizada, las mujeres incursionaron frecuentemente en la literatura de viajes, y con mayor asiduidad a partir del siglo XIX. Este género discursivo les ha resultado particularmente atractivo por tratarse

de una literatura que, pese a todo intento de categorización, es esencialmente heterogénea y permite la fusión de un registro privado (la forma y el tono del diario o las cartas) con aspectos de la escritura de carácter público (la transmisión de datos objetivos y fidedignos para un propósito colectivo). A través de una escritura de este tipo, las mujeres tenían la posibilidad de atravesar esferas a las que por principio estaban privadas: la escritura como profesión, la vida intelectual pública. Así, este discurso en torno a las experiencias de un viajero—que usualmente representaba a la mujer desde su propia perspectiva genérica, como objeto erótico o de extrañamiento, y que generalmente la equiparaba con la tierra visitada (Pérez Mejía, p. 97)—en el siglo XIX principalmente comienza a constituir también una vía posible para el ejercicio de la escritura del género femenino.[1]

La escritora argentina Eduarda Mansilla (1834-1892), tal como ha sido percibido por algunos estudios críticos recientes, es una de las figuras más representativas de la imagen de la mujer viajera dentro de la literatura argentina (Urraca, sin paginación). Su relato *Recuerdos de viaje* (1882), testimonio de su paso por los Estados Unidos en la década de 1860, no sólo nos brinda una perspectiva femenina sobre asuntos relacionados con el entorno cotidiano de la mujer (el espacio privado del hogar, la familia o la moda) sino que también resulta ejemplar para analizar la participación de la escritora en discusiones más amplias y complejas como el carácter nacional, las relaciones entre cultura y política, o el futuro del continente americano frente a los cambios de finales de siglo XIX.

Como una clara representante de la aristocracia porteña y cercana en muchos aspectos a la Generación del ‘80, Mansilla es una avezada viajera que ha recorrido y se ha familiarizado con Europa y, desde esa afinidad con el Viejo Continente, expresará su opinión sobre la emergente potencia del Norte.[2] En este artículo, analizaré las estrategias de las que se vale Mansilla para sostener un lugar privilegiado como viajera y narradora distinguida en el marco de un viaje moderno, más cercano al turismo que a la experiencia espiritual transformadora que viajeros anteriores solían señalar.[3] Al mismo tiempo, ofrezco una revisión de los momentos en que Mansilla opera como intermediaria cultural en el extranjero para señalar que en estas situaciones la escritora no manifiesta simplemente su familiaridad con las otras culturas. Al contrario, en mi lectura, estos momentos del relato que la describen como traductora en medio de otros sujetos y situaciones a los que se expone como viajera son aprovechados por la mujer para establecer el carácter distintivo de su propio bagaje cultural como argentina. Finalmente, con este parámetro cultural establecido, me concentro en el juicio que la viajera realiza sobre su nación anfitriona, los Estados Unidos, para demostrar que Eduarda Mansilla se anticipa a las propuestas finiseculares como las de José Enrique Rodó o José Martí sobre la esencia y futuro latinoamericanos en contraposición con la sociedad anglosajona. Así, podrá comprobarse que mediante la utilización del criterio estético (cierta idea formada sobre el “buen gusto”), Mansilla consigue establecer que el rasgo distintivo sudamericano (y por

1 Aunque se puedan encontrar mujeres viajeras a lo largo de toda la historia, señalo aquí al siglo XIX como el punto de inflexión en donde el relato de viajes, por diversos factores como la popularidad que adquiere el género en esta época o la proliferación de más y mejores medios a través de los cuales viajar.

2 Para revisar las características principales de esta generación de intelectuales y políticos liberales de finales de siglo, consultar el trabajo de Graciela Pozzi, *La generación del 80*. La antología a cargo de Bonnie Frederick *La Pluma y la aguja: las escritoras de la generación del ‘80* también ofrece un estudio y una amplia muestra del trabajo literario de las mujeres durante la década de 1880, entre ellas Eduarda Mansilla.

3 En relación con los viajeros intelectuales argentinos, David Viñas ha hecho referencia a esta transformación que van sufriendo los modos y motivos de los viajes hacia finales de siglo XIX y aquellos aspectos socioculturales que estos cambios señalan respecto de las sociedades hispanoamericanas. Para más detalles, consúltese su estudio *Literatura argentina y política*.

ende también argentino) respecto de Norteamérica reside en la superioridad espiritual que los pueblos "latinos" poseen sobre los "anglosajones".

"Una mujer del ´80"

Eduarda era una reconocida escritora dentro de la esfera pública y cultural argentina. Por un lado, estaba ligada a las familias más tradicionales del país por ser la sobrina del antiguo gobernador de la provincia de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas (su madre era la hermana del caudillo federal). Por otro lado, su padre, el General Lucio Norberto Mansilla, había sido una figura militar muy importante en la defensa del Río de la Plata durante las invasiones inglesas y en diversos episodios de la vida política argentina (Scatena Franco, p. 83).[4] Su hermano mayor Lucio V. Mansilla, político, militar y escritor, también se destacó como una de las figuras más importantes de la ya referida Generación del '80, cuya obra más recordada dentro de las letras argentinas es, probablemente, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), el relato de su viaje y convivencia con las tribus indígenas de la zona pampeana en tiempos del conflicto territorial que el Estado argentino mantenía con estos grupos. En 1855, Eduarda se casa con el abogado y unitario Manuel Rafael García, de manera tal que su experiencia como viajera por Europa y los Estados Unidos estuvo en su mayoría relacionada con las funciones diplomáticas de su esposo.

Aunque se trata de una mujer que, tanto por constricciones genéricas como de clase, no participa completamente de todas las experiencias de los hombres de su generación en el extranjero, sólo basta con repasar esta genealogía para establecer su vínculo directo no sólo con "el mundo del '80" sino también con los acontecimientos políticos más importantes de la vida nacional argentina. Estos signos de pertenencia, tan valorados hacia finales del XIX, irán conformando la imagen públicamente compartida, y reproducida luego por los estudios críticos, de Eduarda Mansilla como indiscutible representante femenina de las particularidades del escritor viajero intelectual y aristocrático argentino. De este modo, Graciela Batticuore se refiere a Mansilla como la primera mujer en ocupar el espacio vacante de "escritora americana", puesto que por tanto tiempo Sarmiento había anhelado para sí (Batticuore, p. 235), mientras que otros estudios aluden a su obra como la expresión femenina de algunas de las formas y motivos literarios de su época, estableciendo un especial contrapunto con la escritura de su hermano Lucio.[5]

Sin embargo considero que es preciso aclarar que tanto la popularidad obtenida en su tiempo como la recuperación actual de Mansilla como escritora no debe pensarse sólo como una consecuencia de la singularidad biográfica de la autora ni de los ecos o resonancias de

4 Como lo explica María Rosa Lojo, Lucio Norberto Mansilla (1792-1871) fue el gobernador de Entre Ríos entre 1821 y 1824 y apoyó la constitución centralista de Rivadavia. Se lo recuerda por su accionar en el combate de La Vuelta de Obligado en 1845, cuando Mansilla manda "cerrar" el río Paraná para defender a la Confederación Argentina de la invasión de flotas anglofrancesas (Lojo, p. 84).

5 Juan Pablo Spicer-Escalante menciona la similitud del estilo de escritura de Mansilla en *Recuerdos de viaje* con la *causerie*, una forma coloquial de escritura popularizada por su hermano Lucio. Mónica Szurmuk ha reparado en el paralelo temático que existe entre *Una excursión a los indios ranqueles* y el pasaje de *Recuerdos* en el que Eduarda hace referencia al tratamiento que los indígenas han recibido en los Estados Unidos y María Rosa Lojo, por su parte, también establece un "sospechoso parecido" (Lojo, p. 21) entre la forma en la que Eduarda se refiere a los norteamericanos (destacando cierto aspecto "bárbaro" de su comportamiento) y la manera en que su hermano Lucio hace lo mismo cuando describe la vida y hábitos de los indios ranqueles.

textos canónicos (como los de Sarmiento o Lucio Mansilla) en los escritos de la mujer.[6] Más bien, ante la visibilidad que ha alcanzado la figura de Mansilla como distinguida viajera y escritora, creo que es necesario indagar el carácter de su propia escritura para encontrar las respuestas al por qué de esta distinción. Es decir, cuáles son las estrategias y recursos retóricos empleados por la escritora para conseguir un nivel de popularidad poco usual dentro de las mujeres intelectuales del XIX, quienes generalmente sufrieron los estigmas de autoproclamarse como tales.

Eduarda tuvo acceso a una educación también inusual para las mujeres, lo cual la condujo a incursionar tempranamente en la música y la literatura como compositora y autora respectivamente.[7] Con el tiempo, Mansilla consiguió un espacio notorio en la prensa, colaborando en numerosos diarios y revistas porteños como *La Ondina del Plata* (1875-1879), *El Nacional* (1852-1893), *La Nación* (1862-) *La Gaceta Musical* (1874-1887), entre otras publicaciones destacadas.[8] Además, algunos de sus textos literarios, como las novelas *El médico de San Luis* (1860) o *Pablo o la vida en las pampas* (1869 [escrita originalmente en francés]) y sus *Cuentos* (1880) —uno de los primeros referentes de la literatura infantil hispanoamericana—fueron ampliamente difundidos en el país y en Europa, donde la escritora mantenía fuertes vínculos con los círculos letrados.[9]

Su novela *Pablo o la vida en las pampas* ha cobrado una gran notoriedad dentro los estudios críticos de la literatura decimonónica argentina ya que, pese a no tener un conocimiento directo del ambiente rural, Eduarda logró trazar un paisaje histórico que opone las costumbres y valores de la vida en las pampas a la vida urbana con el objetivo de denunciar el maltrato y exclusión del gaucho por parte del Estado, adelantándose al mismo *Martín Fierro*. Esta problemática que replantea la oposición de la civilización frente a la barbarie, también se aborda en *El médico de San Luis*, donde la autora presenta la historia de un médico rural inglés y protestante que puede mantener sus valores altruistas junto a su esposa criolla a pesar del caos social y político que se observa en la vida del interior argentino: corrupción, burocracia, violencia y asesinatos (Benítez Rojo, p. 452). Con una trama que recuerda al *Vicario de Wakefield* de Oliver Goldsmith, la novela recalca los vínculos entre el espacio del hogar y la nación, sugiriendo que el progreso del estado moderno depende directamente de la estabilidad de la familia (Masiello, p. 76).[10]

Así como sus novelas son leídas, traducidas y elogiadas en Europa y los Estados Unidos por su fuerza descriptiva de la situación en Argentina, la narración de *Recuerdos de Viaje*,

6 En su artículo "Familial Triangles: Eduarda Mansilla, Domingo Sarmiento, and Lucio Mansilla" Eva-Lynn Alicia Jagoe ofrece un interesante estudio de la recepción de la obra de Mansilla por estos dos mismos autores canónicos (Lucio V. Mansilla y Domingo F. Sarmiento). Allí la crítica establece que en sus referencias a la escritura de Eduarda, los dos hombres realizan una "mala lectura estratégica" (Jagoe, p. 508) que revela las tensiones de género y clase que atravesaron la definición de la identidad nacional hacia finales de siglo XIX. Con este gesto de visible elogio hacia la escritura de la mujer, Jagoe confirma que tanto Lucio como el autor del *Facundo* ofrecen una mirada condescendiente que en realidad le está negando a Eduarda un lugar en el canon literario, al mismo tiempo en que ellos, como autores masculinos representantes del discurso dominante, se garantizan el *status quo* de este espacio que han ganado dentro de la literatura y cultura argentinas (Jagoe, pp. 507-512).

7 Para un análisis de la obra musical de Mansilla, ver Juan María Veniard *Los García, los Mansilla y la música* (1986).

8 En *Periodismo y feminismo en la Argentina, 1830-1930*, Tomás Auza ofrece un detallado informe de las colaboraciones periodísticas de Eduarda Mansilla en la prensa argentina.

9 Para un estudio de la recepción de la obra de Mansilla en Europa, ver el capítulo 4 de *La mujer Romántica* de Graciela Batticuore, pp. 223-274.

10 En *Embodying Argentina*, Nancy Hanway ofrece un análisis de *El médico de San Luis*, estableciendo un contrapunto entre esta novela y los *Recuerdos de provincia* de Sarmiento.

su obra más tardía, busca intensificar este valor escriturario de Mansilla como *traductora* de América, mostrándola como perfecta representante de su nación y sector continental en el ámbito diplomático norteamericano de finales de siglo.[11] Pero nuevamente, lejos de ser un mero resultado de los privilegios con los que contó en su vida, esta habilidad se trata, como explicaré más adelante, de una clara preocupación personal e intelectual por reflexionar sobre las condiciones y contexto del viaje con una retórica apropiada que se adapte a su tiempo y, a la vez, sepa conservarle a la mujer su grado de privilegio, autoridad y superioridad frente a la materia y sujetos observados.

Una viajera distinguida

> Eduarda M. de Garcia es, como el lector lo habrá comprendido una personalidad propia y original, en las mejores acepciones de esta palabra, por lo cual, deseosos de describirla con alguna originalidad, nos hemos esmerado en no compararla con Corina, Hipátia ó Victoria Colonna, con la Sevigné, la Stael, la Recamier ó la insigne Avellaneda. Brilla por sí sola, sin el mendigado reflejo de un paralelo. Habla una lengua que ninguna de las nombradas hablaron, excepto la última; es muy americana, muy nuestra, y ellas no le fueron (…).
>
> Rafael Pombo*,* Prólogo a *El médico de San Luis* (reproducido en *La Ondina del Plata*, mayo de 1875).

Recuerdos de Viaje, como se anticipó, narra el arribo y recorrido de la escritora por Estados Unidos en la década de 1860, traslado que realiza luego de otra larga estadía en Europa.[12] En ambos destinos, Mansilla se encuentra acompañando a su esposo, Manuel García, quien desempeñaba funciones diplomáticas en representación del Estado argentino (Szurmuk, p. 58). En el tiempo en que dura su estancia, Eduarda visita diferentes lugares tales como Washington DC, Philadelphia, las Cataratas del Niágara, Boston y parte de Canadá.[13] El relato fue publicado veinte años después de la fecha del viaje primero en forma de entregas en *La Gaceta Musical* y recién dos años más tarde (1882 [Paatz 69]) como libro. En su texto, Eduarda describe los pormenores que componen el ritual del viajero contemporáneo con sus ventajas y desventajas, las diferencias y similitudes entre viajar hacia un lugar u otro, las incomodidades, los tiempos y los sujetos que intervienen en el trayecto de un viaje a finales de siglo (Batticuore, p. 176).

Pero Mansilla no sólo hace referencia a cuestiones materiales de la dinámica del viaje (transporte, baúles, hoteles, despachantes de buques) sino que también hace alusión a las

11 Graciela Batticuore y Claudia Torre han hecho referencia a la función de Eduarda como traductora en sus lecturas críticas sobre la autora y este relato de viaje en particular.

12 Tanto las citas de *Recuerdos de viaje* como las de los artículos periodísticos del siglo XIX han sido reproducidos en este ensayo conservando su ortografía original, de acuerdo a como fueron publicados y/o reeditados.

13 Manuel García había sido comisionado a Estados Unidos con la tarea de estudiar el sistema judicial norteamericano en la embajada argentina en Washington. En cuanto a los años de la estadía de la familia, existen algunas diferencias en las fechas. María Rosa Lojo señala que Eduarda Mansilla vivió allí en 1860 y entre 1868 y 1872 (Lojo, p. 15). Scatena Franco, por su parte, establece que la primera estadía de la escritora comienza en 1861 y se prolonga hasta 1863, cuando el presidente Mitre designa a García como primer secretario de cuatro delegaciones en Europa (Francia, Inglaterra, Italia y España). Los García Mansilla vuelven a los Estados Unidos y su segunda estadía data de 1868 a 1873, cuando Manuel es comisionado como nuevo ministro plenipotenciario, suplantando a Sarmiento, que vuelve a Argentina para asumir como presidente de la República (Scatena Franco, p. 92).

sensaciones y sentimientos encontrados que se despiertan en el viajero que acaba de llegar (confusión, desconcierto, "olvido" e "ingratitud" [Mansilla, p. 8]), en resumen, se dispone a narrar lo que llama—citando las palabras de Madame de Stäel—, el "triste placer de viajar" (Mansilla, p. 9). La primera apreciación de la llegada, curiosamente, se describe en contraste con la idea de cotidianeidad, un aspecto inexistente en la experiencia viajera, que supone un desplazamiento constante, la vivencia de algo que trasciende el acontecer diario de un sujeto:

> La agitacion es general. … Reina el tumulto, el desorden, en tales ocasiones; á la regularidad y monotonía de la vida ordinaria, sucede la agitacion, la confusion. Y entónces, puede verse patentemente, cuán efímeras y transitorias son esas relaciones, contraidas en la vida tan íntima y estrecha de abordo. Con la misma facilidad con que se formaran, se disuelven los grupos varios; y de una intimidad de todos los momentos, suele no quedar ni aún el recuerdo. Como las aguas del Leteo, la tierra produce el olvido y á veces la ingratitud. (Ibídem, p. 8)

La nota de Mansilla pone énfasis en un cambio en la forma de viajar (con la aparición de maquinarias modernas y una masificación de la experiencia que anticipan el desarrollo de una industria del viaje) que a su vez modifica la percepción del tiempo y las relaciones humanas, aspecto que condicionaba la mirada del viajero finisecular. En esta escena descrita por la autora, no existe el tiempo ni para la contemplación ni para la asimilación del paisaje o el contexto al que se arriba: el maletero y el despachante de aduana —"séres groseros, feos, mal trazados" (Ibídem, p. 10)—agilizan (y alteran) a los viajeros para poder terminar rápido su trabajo, mientras estos últimos, evitando los "codazos y aún maletazos" (Ibídem, p. 8) del arribo masivo, buscan huir de esta zona de confusión babélica para refugiarse en el comfort de un hotel.

Por otro lado, estos movimientos instantáneos, casi como fotografías, no sólo provocan "malhumor general" sino que también rompen con la sensación singular que existía a bordo: todas las experiencias del viajero y las filiaciones creadas entre la tripulación, una vez en tierra, automáticamente pasan al olvido y son superadas por esta ola de impersonalidad que cubre la vida urbana. El tiempo del relato se ve trastocado por el arribo a destino, en donde otro ritmo y otra temporalidad parecen condicionar las acciones y percepciones de los sujetos, en busca de la eficiencia: *time is money*, repite la autora en varias ocasiones, al observar el comportamiento de los norteamericanos en su trabajo y rutina diaria (Ibídem, p. 14, 19, 25). Es interesante destacar que a través de esta reiteración del materialismo norteamericano Mansilla busca distanciarse, como al referirse a las costumbres familiares, de las características de la nación del Norte: la viajera evidentemente no comparte un valor que, tal como lo analiza Max Weber (*La ética protestante y el espíritu del Capitalismo*), se ha distinguido como la esencia de la identidad capitalista y protestante, una forma de vida que no se asemeja en nada a la de la escritora y su clase social, católica y de orígenes terratenientes.

Mansilla se muestra atenta a captar estas prácticas sociales ajenas y las escenas modernas del viaje pero paralelamente se revela crítica de la idea de la fugacidad del tiempo, de la superficialidad de las relaciones, del anonimato de la urbe, el cual le impide sentirse partícipe de una situación única y privilegiada. Claramente la autora se resiste a ser tratada como una simple viajera que debe sortear "sombreros ladeados" (Ibídem, p. 11) entre el resto de los transeúntes, lidiar con empleados gritones y mal hablados o atravesar cuartos de aduana hechos de "tablas mal unidas" (Ibídem, p. 11). Se percibe aquí con malestar que algo de ese

halo único que rodeaba y distinguía al viajero decimonónico está a punto de desvanecerse.[14] Por eso, Mansilla desarrolla la mirada de una *flanêusse* (viajera ociosa) que intenta reponer un elemento perdido en la escena despersonalizada que presencia, en definitiva, un signo de distinción o privilegio que ve amenazado, de la misma manera que su generación sentía peligrar su lugar de prominencia dentro de la sociedad argentina.

Así, esta agitación del momento del arribo a una ciudad cosmopolita como Nueva York, lejos de ser una simple nota pasajera, funciona como la expresión de un tono nostálgico hacia ciertos valores sociales (aristocráticos) que la escritora argentina encuentra en extinción en esta nación representante de lo moderno. "Quien á *Yankeeland* se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento" (Ibídem, p. 5), confiesa la viajera cuando explica que aunque personalmente no está de acuerdo con alguna de la información que presentará más adelante en su texto, ella siente el "deber" (Ibídem, p. 4) de transmitir la apreciación común de los *touristes* y no desentonar con el sentido democrático del país que visita y describe. Sin embargo, la autora se lamenta de hacer esta concesión de *democratizar* su pensamiento, es decir, de hacerlo transmisor de un saber popular turista, ya que este gesto implicaría, nuevamente, la automática pérdida de su lugar distintivo: "en ciertas materias, forzoso es contar los votos, por más amigo que uno sea de pesarlos" (Ibídem, p. 5).

Mansilla se vale además de una serie de afirmaciones como "gracias al pasaporte diplomático," "en mi calidad de *lady*" (Ibídem, p. 11), o "sin más títulos que el de extranjera distinguida" (Ibídem, p. 50) para reafirmar su posición como avezada viajera y como poseedora de ciertos privilegios exclusivos a la hora de viajar (esos mismos que ve amenazados en cuanto desciende de la embarcación en la que viajaba). A lo largo de la narración de su viaje va reconstituyendo el reconocimiento como dama aristocrática en los salones y círculos más destacados de la sociedad norteamericana: habla de su amistad con el Conde de París, Luis Felipe, sus encuentros con ministros, diplomáticos y príncipes, quienes halagarán continuamente su distinción, cultura y dotes escriturarias. La viajera describe, por ejemplo, las reuniones que tenían lugar en la casa del Ministro de Brasil, donde conoce a los Príncipes de Orleáns y entabla una relación de amistad, que luego se prolongará por años, con el Conde de París (Ibídem, p. 55). Allí, pese a que en tono risueño el Ministro brasileño la llama "*una simple Secretaria de Legacion de una República de nada*" (Ibídem, p. 57), Mansilla recibe las mismas atenciones y ceremoniales que podrían tener cualquiera de ellos. Más aun, en el marco de sus conversaciones con el Conde francés, Eduarda se convierte en un referente de la cultura europea para el mismísimo Luis Felipe.

El siguiente pasaje señala el grado de familiaridad y experiencia de Mansilla como "mujer de mundo", viajera conocedora de la "alta cultura" occidental, al mismo tiempo en que sugiere, a mi entender, la presencia del elemento distintivo de la escritora como mujer, intelectual y argentina. Mansilla registra una de las reuniones sociales en las que se encuentra con el Conde y confiesa:

> Muchas veces el Conde de París se me acercaba y me decia: *No bailemos esa polka, conversémosla; Vd. Me contará á París*.
>
> Y yo le hablaba de los teatros, de los boulevares, de Campos Elíseos, del bosque de Boulogne, y él me escuchaba *ravi* (encantado), según su expresión. (Ibídem, p. 57)

14 Este gesto representa sin dudas una de las reacciones que despertó el cambio de siglo, la modernidad y las consecuentes transformaciones en la mirada del sujeto de finales de siglo. Esta idea puede confrontarse nuevamente con el mencionado ensayo de Walter Benjamin ("La obra de arte…") y el trabajo de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982).

Estas escenas reproducen el mencionado carácter de *traductora* de América a los europeos que Mansilla se había forjado con sus novelas. Aquí, Mansilla se muestra como partícipe de un doble acto de traducción: ofrece una lectura de la sociedad norteamericana a los argentinos (potenciales lectores de este relato) mientras que, en medio de estos círculos políticos y culturales norteamericanos, debe actuar y desenvolverse (como esposa del diplomático García) en representación de los argentinos.

El aspecto multifacético de su oficio como traductora cultural se acentúa con las palabras del Conde de París, quien le añade un grado más de complejidad a la capacidad de la autora: estando los dos (él francés y ella argentina) en un territorio ajeno para ambos (los Estados Unidos), su punto de contacto es el conocimiento y familiaridad de Eduarda de la cultura francesa. Resulta paradójico pensar que en un momento en que un miembro de la realeza de Francia necesita sentirse cercano a su propia cultura, recurra a los relatos de una mujer argentina. ¿Qué es exactamente lo que busca el Conde en la palabra de Mansilla? La viajera continúa:

> En una ocasión, me pidió le narrara algo sobre Tullerías; yo lo hice sencillamente, pintándole con toda franqueza, aquel lujo … El conde no perdía una sola de mis palabras, y parecía oírlas con sumo placer, á pesar de la penosa impresión, que *el desterrado del palacio de sus abuelos*, debia indudablemente experimentar, al relato de tales fiestas. (destacado mío Ibídem, p. 58)

Aunque era ahora uno de los Príncipe de Orleáns, Luis Felipe es un desterrado de la realeza francesa, al que se le ha negado un espacio dentro del orden aristocrático europeo (fracasa en su intento de ocupar el trono de Francia tras la muerte de su abuelo en 1848 y por eso se va a los Estados Unidos), aspecto que lo acerca más a un sujeto como Eduarda que a los propios franceses. Mansilla, pese a la familiaridad que siente con Europa y la función diplomática de su esposo, es una mujer que proviene de un lugar que para su entorno representa una *República de nada*, es decir, que no forma parte del centro cultural europeo completamente. Más aun, la sensación común de su distancia actual con Europa y su añoranza de este continente, se intensifica en medio de una Norteamérica democrática, reciente, que desconoce de filiaciones reales y linaje.

En resumen, debido a la posición de Mansilla como mujer, hispanoamericana, diplomática de una nación tal vez desconocida para muchos en Europa, el París que ésta cuente será afectado por estos desplazamientos que alejan al sujeto del objeto de su discurso. El Conde parece disfrutar de una vista de París desde la distancia (la propia y la de Mansilla) y se reconforta en un relato que, en la voz de Eduarda, condensa tres espacios (el europeo, el argentino y el norteamericano, que son tres sociedades y culturas distintas) y produce con estos materiales un discurso diferente y atractivo que le hará redescubrir a un parisino su propia ciudad en el destierro. Es justamente en esta capacidad de construir con elementos de culturas ajenas reapropiadas y resignificadas una voz propia y atractiva como mujer escritora y sudamericana en donde encuentro el trabajo literario más agudo de Mansilla. A modo de una mejor y más amplia ilustración de esta idea, quisiera establecer un paralelo entre este momento del encuentro de Mansilla con el Conde, con lo que se ha constituido en una escena fundacional de todas las biografías existentes sobre la escritora.

Uno de los momentos más memorables de su anecdotario es la ocasión en la que, todavía siendo una niña, oficia de traductora del francés al español para su tío Juan Manuel de Rosas,

cuando éste recibe la visita de un funcionario francés.[15] Como prólogo a su primera novela *El médico de San Luis*, el poeta colombiano Rafael Pombo ofrece una particular narración de este episodio:

> Hay una circunstancia en su vida que merece la mencionemos: tenía once años y servía de intérprete á su tio el Dictador para con el conde Walescki, Enviado Diplomático del gobierno francés. Espectáculo curioso: la voz de semejante criatura sirviendo de conductor á un orgullo patrio sin límites y á una voluntad inquebrantable: la sonrisa de una niña fulminando el rayo. (Pombo, p. 1)[16]

A pesar de que la escena de la traducción ha sido recurrentemente abordada por críticos como Graciela Batticuore o Claudia Torre, el relato que de ella ofrece Pombo brinda un matiz interesante que me ayuda aquí a repensar este rol mediador que reaparece en *Recuerdos de viaje*. El momento de la traducción, se sugiere aquí, es el marco creado no sólo para la transmisión de un enunciado sino, simultáneamente, para su transformación. La cita sugiere un poder extraordinario en la interpretación de la niña Mansilla, que no se limita a oficiar como canal "conductor" de la palabra de Rosas sino que puede transformar ("fulminar") esa palabra y hacer de ella un elemento diferente ("la sonrisa"). Mansilla, en el trayecto en que se apodera de la palabra del Otro (Rosas) y la transfiere a un interlocutor en otra lengua, logra despegar el enunciado de los atributos de su emisor (un dictador orgulloso e inquebrantable).

Esta misma dinámica es la que se vio operando en su narración de París al Conde. Al traducir, mediar o explicar aspectos de una cultura o lengua en el registro de otra (elemento que, por otra parte, constituye la esencia de la narración de un viaje), la autora aporta a su discurso un elemento diferenciador que traza su propio lugar como escritora y diseña el paradigma cultural y nacional desde el cual se enuncia.[17] Este espacio de enunciación descentrado (como escritora latinoamericana hablando de Francia) es propuesto por Mansilla como una ventaja comparativa que le da una posición discursiva privilegiada. Con estos mecanismos y situaciones descritas en *Recuerdos de viaje*, Mansilla no sólo se abre paso dentro del tradicional y canónico género del relato de viaje sino que también va conformando un *campo cultural argentino*, esto es, un sistema de valores y relaciones regulados por la propia autora, quien se presenta como agente autorizada del sistema de producción intelectual (Bourdieu, p. 14). Como resultado de su acto de traducción, la singularidad argentina, según la autora, se compone de la condensación de elementos culturales diversos (principalmente europeos), los cuales quieren ser establecidos como ejemplo directo de un criterio valorativo esencial y trascendente por parte del sector social al que la autora pertenece (la aristocracia

15 Se trata del conde Walewski, funcionario de la Corona quien, como aclara Claudia Torre, había sido enviado a Argentina por motivos relacionados con el bloqueo anglo-francés en 1845 (Torre, p. 5). Lojo hace referencia a otras situaciones en las que la competencia lingüística de los hermanos Mansilla se presenta como un signo de su educación y pertenencia a la clase alta argentina: "Los Mansilla aprendieron en la niñez las letras, historia y lenguas extranjeras; se entretenían juntos traduciendo autores del inglés y del francés" (Lojo, p. 15).

16 De hecho, El 9 de Mayo de 1875 la redacción del periódico porteño *La Ondina del Plata* (a cargo de Luis Telmo Pintos) anuncia el inicio de las colaboraciones de la escritora en ese periódico publicando esta misma biografía de Mansilla.

17 Beatriz Colombi recuerda, en relación con esta idea transformadora de la traducción, las palabras de José Martí en el prólogo a su versión de "Mis hijos" de Víctor Hugo cuando afirma que "traducir es transpensar". Esta afirmación le sirve a la crítica para analizar el procedimiento escriturario de Martí, quien entonces puede pensar a Cuba a través de la traducida Irlanda. Aunque los contextos y circunstancias sean diferentes, esta es una dinámica que encuentro similar a la que aquí analizo en Mansilla: su capacidad de pensar la cultura argentina desde un acto de traducción que no se limita a transcribir o parafrasear la palabra de otro, sino que aporta un elemento propio en esa transformación (Colombi, pp. 58-59).

porteña). En otras palabras, Mansilla vuelve a ejercer su rol de intérprete traspasando la mera reproducción de la palabra o cultura ajena y encarnando en su discurso, los valores culturales y parámetros identitarios que, para ella, funcionan como los representantes de "los argentinos" en general. En otras palabras, y parafraseando el ensayo de Jorge Luis Borges "El escritor argentino y la tradición" (1932), no es su conocimiento sino el manejo que le da a éste en su texto lo que hace de Eduarda Mansilla una escritora representante de cierta esencia que ella concibe como propia de la cultura argentina (Borges, p. 269, 273).

En consonancia con esto, se destacan momentos en su relato que reflejan el carácter mixto, sincrético y hasta "incompleto" que define el corpus de saberes culturales que la escritora se atribuye. Por ejemplo, en el momento en que Mansilla continúa su narración de su llegada a New York, la viajera se sincera y afirma:

> Ha llegado el momento de hacer aquí una confesion penosa, que hará derramar lágrimas, no lo dudo, al digno don Antonio Zinny, mi maestro, á quien su discípula favorita, debia en ese entónces todo el inglés que sabia. Y este resultó ser tan poco, que con gran vergüenza y asombro mío, el intérprete natural de la familia, la niña políglota, como me llamaron un dia algunos aduladores de mis años tempranos, no entendia *jota* de lo que le repetian los hombres mal entrazados y el laconico expresivo empleado.
>
> Qué dicen? Qué dicen? preguntaban mis compañeros, volviéndose a mí como á la fuente. Y la fuente respondia: No les entiendo! y fuerza era responder la verdad, porque mi turbacion era visible. (Ibídem, p. 11)

Más allá de que responda a una anécdota real o se trate de una pose o "efecto buscado" (según la lectura de Batticuore [p. 242]), en mi opinión, estos baches en su formación o su habilidad para desenvolverse en otros contextos culturales, muestra una vez más la manera en que la autora concibe la formación de esa cultura argentina. Este esmero por adoptar la palabra y la cultura del otro como valor adicional de la formación propia se encuentra, como lo experimenta la propia Eduarda, plagado de conocimientos parciales, de restos de otras culturas, que yuxtaponen saberes principalmente librescos captados en un archivo cultural amplio y diverso. El campo cultural argentino de finales de siglo, ese que quiere reflejar Mansilla como elemento distintivo frente a la sociedad norteamericana, es uno que se encuentra entre medio de diversos modelos culturales, a los cuales, en ocasiones, sólo accede parcialmente.

Lo que destaco no es un aspecto negativo en la capacidad de Eduarda para conectarse con el medio extranjero y proyectar una imagen nacional, sino todo lo contrario. Sus referencias europeas desde los ojos de una hispanoamericana o su imposibilidad de entender en su totalidad el enunciado cultural norteamericano, le permite a Mansilla realizar un trabajo de creación con la lengua donde gana en autoridad e independencia. La escritora revela así un desapego de la tradición literaria viajera y con sus propias desventajas, con sus conocimientos lingüísticos meramente teóricos y con sus estereotipos de viajera aristocrática sudamericana, revertirá lo negativo de la situación para presentarnos un marco discursivo de libertad interpretativa y de elaboración plena. ¿Cuál es, entonces, el espacio de enunciación propio y la ventaja comparativa de Mansilla de acuerdo a su contexto? Justamente, como explica el epígrafe, Mansilla demuestra que es ella, y no otras figuras reconocidas, la que tiene el atributo de ser "muy americana, muy nuestra" (Pombo, p. 159), carácter que consigue debido a su habilidad de manipular la esencia de diversas culturas, dejando siempre un espacio para

el aporte de su carácter propio, representante de la identidad nacional. La nota en el periódico continúa entonces explicando que la originalidad de la escritora argentina reside en que ésta posee

> cierto gusto original y que una parisiense llamaría *distinguido*: gusto que ni es francés, ni italiano, ni alemán, ni andaluz; sino más bien sud-americano, que diríamos *se refinó* atravesando por todos aquellos países: calidad de todo gusto perfecto, que en ninguna parte es estrangero, pero que conserva sin embargo su carácter propio y su sello nacional. Ojalá la señora de Garcia autorizase la impresión de otras perlas, que contribuirían á emanciparnos de la imitación servil de los europeos. (Ibídem, p. 158)

Esta explicación se corresponde con lo que he analizado hasta aquí sobre *Recuerdos de Viaje* y acerca de Mansilla como escritora y viajera: acostumbrada a recorrer diversos países y culturas, la mujer no se siente ajena a ninguno de ellos (la define cierto carácter cosmopolita) pero tampoco es completamente partícipe, ya que conserva y representa el "sello nacional". Por esto, es interesante el empleo de la conjunción "ni" del artículo citado: la escritora argentina conserva algo de cada uno de los lugares de Europa pero no es completamente idéntica a sus modelos. Esta afirmación es importante para repensar la común afirmación que la cultura argentina del '80 se distingue por su carácter "europeizante," asumiendo simplemente que el sector hegemónico argentino ha trasladado los elementos culturales de Europa a su propio país. Sin embargo, Mansilla demuestra que en esa transición existe un trabajo consciente de reelaboración y apropiación de esa cultura que da como resultado un elemento que ya no es europeo. Como al traducir, al momento de adoptar elementos extranjeros, Mansilla los resignifica, produce otra cosa, un capital cultural propiamente argentino, basado, como veremos a continuación en un número de parámetros estéticos que acercan a su nación de origen (permiten la comparación) con los Estados Unidos, al mismo tiempo en que se destaca la superioridad de la propia cultura.

Trazando fronteras

> El europeo liberal puede en momentos de entusiasmo ver en nosotros *De jeunes prodiges* políticos, mientras que para el Yanquee ni siquiera somos una mala cópia de sus instituciones; y á ese respecto *nuestros hermanos del Norte*, dotados de un orgullo satánico, tienen mas de un curioso punto de semejanza, salvo la cuerda grotesca, con nuestros vecinos del Brasil.
>
> El yanquee por Americano no conoce sino á él, y como libre a él y solo a él.
>
> Eduarda Mansilla, "Política europea," *El Nacional*, 29 de noviembre, 1880.

Al final de *Recuerdos de viaje*, Eduarda Mansilla reconstruye el momento en el que recibe la notificación de que ella y su familia debían volver a la Argentina debido a los cambios que sucedieron a la batalla de Pavón (1861), cuando los ejércitos de la confederación al frente de Urquiza derrotan al gobierno porteño de Bartolomé Mitre. En ese momento, la escritora reflexiona en torno a su patria de una manera muy significativa para entender el modo en el que Mansilla se relaciona con la imagen de Argentina en su texto:

> Aquellos que han viajado conocen el momento de leer la *correspondencia*, momento solemne, crítico, dulce y penoso á la vez: momento que abre las heridas ya casi cicatrizadas,

> que aviva los recuerdos apagados, borra, por decirlo así, las imágenes presentes y nos transporta por algunos instantes, á esa patria ausente, á la cual permanecemos adheridos por lazos invisibles . . .
>
> El vínculo á la tierra madre nos ata, es real, es sólido, á veces doloroso, y esas cartas nos lo recuerdan, nos lo revelan constantemente con la mágia invisible de su espíritu y con la positividad prosáica que encierran. (Ibídem, p. 121)

La cita muestra que a pesar de que Mansilla no se refiera frecuentemente a la Argentina de manera directa en su relato de viaje, su país permanece siempre en el trasfondo de sus apreciaciones. De manera sutil la autora deja ver la red de "lazos invisibles" que condicionan su punto de vista y juicios y, al mismo tiempo, la mantienen conectada con su lugar de origen. Esas ataduras a la "tierra madre," se puede argumentar, son el conjunto de valores que permeabilizan su discurso sin importar cuál sea el objeto de su narración.

Por esta razón, cuando Eduarda Mansilla se dispone a describir y ofrecer sus impresiones de viaje sobre Estados Unidos, continúa trazando fronteras entre lo que considera el carácter nacional de los Estados Unidos y aquello que, de manera diferenciadora, lo distingue de su propia cultura argentina e hispanoamericana. ¿Cuáles son los valores, parámetros y aportes personales que conforman el juicio de Eduarda Mansilla sobre Norteamérica en *Recuerdos de Viaje* e implícitamente trazan la identidad argentina? De manera interesante, Eduarda se encarga de establecer desde qué esferas provendrá su aporte a la descripción, análisis y comparación de estas dos nuevas naciones. La autora deja bien en claro que no buscará señalar los nexos y las similitudes desde el discurso de la historiografía decimonónica: Mansilla, con dudosa modestia, afirma que su relato no busca explicar el devenir histórico de estos países ya que existen otros autores, otras voces y otros métodos epistemológicamente más privilegiados que su voz narrativa.[18]

De la misma manera, su discurso dice no interesarse en examinar la formación política del Estado norteamericano porque ese tipo de evaluaciones debería dejarse para el estudioso competente y no para una subjetividad femenina que *meramente* recorre el territorio Yankee como fiel acompañante de su esposo. Claro está, el desapego de Mansilla por este tipo de saber letrado conlleva simultáneamente una estrategia de validación de su propia subjetividad. En *Recuerdos de viaje*, paradójicamente, la viajera menciona los nexos entre la historia americana y la argentina, describe las estructuras políticas del gran país del Norte y hace juicios de valor radicalizados sobre aspectos de la vida americana tan polémicos como la esclavitud, el maltrato a los indios o la conformación social de la familia norteamericana (Ibídem, p. 21-25; p. 33-40).[19] Pero su lugar de enunciación parece autorizarse a través del uso del sentido estético, del gusto como lente a través de la cual Eduarda examinará el cuerpo de la sociedad que visita. Es decir, Mansilla explícitamente juzga a los Estados Unidos con los

18 Al presentar su propio aporte sobre la historia norteamericana la escritora advierte estratégicamente que: "aquellos lectores que de la Historia no gusten, pueden saltarlo; no por eso comprenderán menos de mis impresiones de viajera" (Ibídem, p. 26). De esta manera, Mansilla logra sentar las bases de la teleología de su texto desapegándose de un campo netamente masculino, al mismo tiempo en que se entromete en él desde este lugar de autoridad disimulada.

19 Afirma la viajera: "No es posible estudiar, como simple viajero á los Estados Unidos … sin echar una mirada rápida sobre su historia y forzosamente también, estudiar los elementos que formaron en su origen la Unión Americana" (Ibídem, p. 35). Nuevamente aquí Mansilla busca no presentarse a sí misma enfrentada al campo masculino de la historia y a los otros viajeros que ya han hecho de la historia norteamericana el tema principal de sus relatos. Mansilla se ajusta a este campo previamente delimitado (la historia, el relato de viaje, la autoridad y el canon masculinos) y garantiza que sus notas son *rápidas* apreciaciones de una *simple viajera* que lejos de querer emitir un juicio personal sobre la nación visitada apenas está tratando, *forzosamente*, de cumplir con ciertos parámetros preestablecidos para un relato de viaje.

elementos de una "alta cultura", de la misma manera que un crítico de arte experto examina las obras presentes en un museo de una capital europea.

La viajera le suma a su imagen de traductora e intérprete el de la persona con un gusto formado y modelado en los valores inmanentes de la cultura occidental. Es un posicionamiento de autoridad y de definición de su propio lugar de origen (una patria aristocrática) frente al Otro cultural y asimismo de su propio lugar de enunciación frente a la sociedad que examina, relata y juzga:

> Pocas cosas hay más susceptibles de crecer y educarse que la admiratibilidad. El salvaje no se da cuenta de los edificios que ve por vez primera; los ve mal, los juzga con su criterio estrecho de salvaje. Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuanto más elevado es éste, mayor es nuestro goce, por mucho que el reverso de la medalla, produzca en nosotros, cierta insaciabilidad estética, si la palabra es permitida, y nos incline un tanto al pesimismo. (Ibídem, p. 12)

Eduarda declara abiertamente la superioridad que siente como representante de la clase aristocrática argentina al observar al país de los *Yankees*, denominación que utiliza continuamente para referirse a los norteamericanos, desde una mirada entrenada en los productos culturales más destacados de la civilización. Tal como se sugirió al reformular el sentido de la escritora como traductora, la supremacía del capital cultural propio frente al del Otro observado, reside en que como argentina, ella ha logrado absorber el elemento cultural ajeno para la conformación de un sentido estético propio y distintivo. Aunque ausente de manera explícita, el espacio de *lo nacional* aparece como el punto articulador de las dos experiencias de Mansilla como viajera: la autora reúne en su juicio dos espacios opuestos que se condensan en un tercero: la elite criolla argentina (zona patria de Mansilla) que con su *ojo educado* puede discernir los valores y carencias presentes en cada espacio, y generar uno propio como articulador de los anteriores.

En cambio, Norteamérica, según el juicio de la viajera, representa más bien la suma de elementos imitados, sin carácter personal, un pastiche incongruente y desmesurado, juicio que la acerca a las percepciones de Paul Groussac que pueden apreciarse en el volumen *Del Plata al Niágara* (1897).[20] A diferencia de lo que Mansilla demuestra de la cultura argentina y ejemplifica con su obra, los norteamericanos no son buenos traductores porque son perfectos imitadores: "los Yankees son nación poco imaginativa" (Ibídem, p. 65), afirmará sin resquemores la autora al referirse a la uniformidad arquitectónica que observa en las construcciones norteamericanas. Deambulando por la ciudad, Mansilla busca transmitir cuál es el efecto que la urbe produce en el visitante que la recorre. Así que, por ejemplo, al contemplar el aspecto de los templos religiosos, la autora propone un método de lectura:

> Las iglesias, no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menos importancia. Por lo general, son poco bellas, modernísimas y con el sello de construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no sólo arqueológico, sino estético. (Ibídem, p. 15)

20 En *Del Plata al Niágara* Paul Groussac reúne sus crónicas de viaje por Estados Unidos entre 1893 y 1894. Allí expresa juicios que se asemejan mucho a los de la Mansilla, principalmente en el hecho de que ambos parecen sostener su opinión en el juicio estético negativo que les provoca esta nación devenida potencia: "Mammoth es el símbolo yanqui de la magnificencia, de la grandeza, de la belleza natural y artística. ….Ese carnaval arquitectónico despliega sus máscaras y disfraces por las calles y avenidas, y por todos los intersticios de la madrépora colosal" (citado por Monteleone, pp. 169-170).

Antes que discutir la civilidad frente a la barbarie—tropos organizadores de la experiencia de muchos viajeros—Mansilla construye una dicotomía diferente: lo moderno y lo bello. En el argumento y descripción de la viajera, lo moderno parece excluir lo bello ("son poco bellas, modernísimas") de la cultura norteamericana, elemento que se comprueba al compararla con sus contrapartes europeas. El buen gusto se construye como marca esencial de la educación íntima de la elite criolla y será el punto de vista desde el cual se juzgará y comprobará cuál es la naturaleza la carencia norteamericana. Los parámetros estéticos funcionan, además, como una herramienta de análisis privilegiada que es al mismo tiempo aceptable para el uso femenino. Hecho que se comprueba en la selección de estos criterios como esfera desde la cual Mansilla entrará en diálogo con la tradición viajera en general y con las descripciones preexistentes de los Estados Unidos en particular.

No obstante, es importante destacar que la relación que Mansilla sugiere entre los Estados Unidos y la cultura que sostiene su punto de vista no es meramente opositiva sino que conserva un importante grado de ambigüedad. En algunas ocasiones, Norteamérica representa un *espejo a la medida* del país de origen de la escritora, otro motivo que me permite afirmar que, al referirse a esta nación, se puede percibir indirectamente un juicio sobre la propia patria. En una ocasión de su viaje Mansilla afirma, por ejemplo:

> En la América del Norte, como en la nuestra, el viajero no halla esos preciosos recuerdos históricos, revelados por los monumentos, por la fisonomía misma de las ciudades. Todo es allí obra del presente, nuevo, novísimo y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime á las piedras, á los edificios, á las cosas.
>
> La historia de ese país, como sus monumentos, es toda de ayer, de ahí la pobreza relativa que impresiona desagradablemente al viajero que llega de Europa, si bien comprende toda la riqueza y poderío que esa parte del Nuevo Mundo encierra. Halla mucho que lo sorprende; pero poco que lo seduzca. (Ibídem, p. 15)

La cita sugiere cierto grado de similitud entre la cultura que se recorre con la patria misma de la voz narrativa, basándose en un tipo de cronología compartida. La historia europea como modelo de civilización seguirá operando dentro del discurso de Mansilla como signo de superioridad cultural. Al mismo tiempo, su propia figura como viajera se representará en tanto recién llegada de Europa y dispuesta a evaluar el progreso de esta nación. Mansilla con la mirada entrenada y con los recuerdos europeos aún vivos en su memoria construye también un ambiguo lugar de enunciación ya que a pesar de pertenecer a un sector de América que también carece de tradición histórica y cultural, ha sabido suplir esas faltas con la reapropiación de los estándares estéticos del Viejo Continente. La frase final que remite a aquel viajero que, como ella, "halla mucho que lo sorprende; pero poco que lo seduzca" reafirma el sistema valorativo de Mansilla, que menosprecia lo nuevo (norteamericano) en favor de lo bello (europeo). En Mansilla se puede percibir que la novedad y cercanía temporal entre Estados Unidos y su país de origen impiden que la autora encuentre algún valor estético en Norteamérica, el cual parece entender, como Simmel lo explica, en términos de "un distanciamiento, abstracción y sublimación del objeto observado" (Simmel, p. 71). Es decir, la escritora no logra experimentar una sensación que individualice la cultura americana, que la haga propia y personal, independizándose de los modelos precedentes: el pueblo Yankee vuelve a ser caracterizado como un perfecto imitador, y su creación en el sentido amplio (cultura, arquitectura, costumbres, vida cotidiana, política) carece de aquel "aura" propio de lo bello y singular. En este aspecto es la figura de la viajera la que condensa desde su propio gusto estético los valores que no encuentra en los Estados Unidos y que intenta reponer por medio de su escritura para su propia identidad como sudamericana.

Así Mansilla despliega en su relato un sistema opositivo que, en mi opinión, intenta revertir el visible poder que Norteamérica ha alcanzado a finales del siglo XIX, momento en que se publica *Recuerdos de viaje*. A través de su lectura estética de los Estados Unidos nos deja un interesante testimonio acerca de las formas de percepción que la elite cultura rioplatense comenzaba a ensayar para explicar el avance norteamericano y las posibles reacciones frente a este fenómeno. Mansilla propone una taxonomía entre el pueblo norteamericano y el resto del continente, basándose en la posesión o no del rasgo *latino*. Los Estados Unidos, en un momento en que todavía sigue siendo un modelo a imitar, es un país mercantilista, calculador, sin linaje, ignorante de sus vecinos (dice por ejemplo "la raza que se da a sí misma el nombre de Americana" (Ibídem, p. 38), o "algo saben de México porque día a día han ido apropiándose algún pedazo del antiguo imperio de Moctezuma" [Ibídem, p. 46]). Por el contrario, "los Latinos … que hemos también formado nuestro mundo, en este hemisferio" (Ibídem, p. 38), afirma Mansilla, seremos conocedores del mundo y el gusto europeo ("el buen gusto"), educados, cálidos y espirituales, a pesar de que estas características, que también ella encuentra en el Sur de Estados Unidos, tengan por destino el fracaso (Viñas, p. 68). La vida política misma es, para la viajera argentina, una representación sin las virtudes estéticas propias de los descendientes de la espiritualidad latina. El foro romano o el parlamento francés no pueden reconocerse en esta sociedad Yankee, donde la vida política, según la autora, "es la fiesta de la democracia sajona, sin efusion, sin entusiasmo, sin alegría. Imagen del deber, del patriotismo escuálido, que representa un amor á las Instituciones, formado más bien de raciocinio que de ternura" (Ibídem, p. 52).

En resumen, sus apreciaciones funcionan como gesto anticipatorio de la transformación del juicio sobre los Estados Unidos hacia finales de siglo. Sus constantes referencias a esta nación como moderna pero al mismo tiempo bárbara, ambiciosa, de mal gusto me han servido aquí para pensar la capacidad de Eduarda de introducirse de lleno en una de las discusiones más fundamentales y candentes de finales de siglo: el rescate del espiritualismo, los valores y las raíces latinas de Hispanoamérica como vía de enfrentamiento y diferenciación respecto del materialismo sajón del Norte. Los parámetros estéticos que Mansilla utiliza para construir una imagen bárbara de los Estados Unidos son de vital importancia para analizar los modos en que una mujer, con privilegios de clase pero sin acceso total a la vida política (algo que ella tampoco defiende), es capaz de prefigurar la imagen monstruosa e "informe" (Colombi, p. 99) que intelectuales como Martí todavía no consiguen delinear completamente y que Rodó expresará casi dos décadas más tarde.[21]

En conclusión, la evaluación de la escritura de Mansilla que he ensayado en este estudio propuso recrear el diálogo e interacción que esta misma obra sugiere entre la mujer escritora-viajera y su contexto, de manera tal que *Recuerdos de viaje* puede ser leído no ya como un complemento útil de la obra de su hermano o de la de Sarmiento, sino, como un trazo más que se incorpora a una tradición literaria en continua reelaboración. Eduarda Mansilla se vale de las herramientas que tiene a su alcance como mujer (que no tiene la educación del letrado, que tiene restricciones aun como viajera distinguida, pero sí logra un acceso a los códigos socioculturales de su tiempo) para construir una visión propia tanto de sí misma como de su nación y continente frente a un espacio que comenzará a definir, por oposición, al ser latinoamericano. Las estrategias discursivas aquí analizadas, si bien no desmienten la mirada autorizada masculina, reclaman sin embargo su singular espacio dentro de la compleja y polifónica cultura decimonónica sudamericana.

21 Respecto a este amplio tema en la literatura latinoamericana, destaco algunos estudios que pueden consultarse, tales como los de Colombi (el capítulo 4 de *Viaje intelectual*), Carlos Jáuregui (1998), Fernández Retamar (1984) y Julio Ramos (2001).

Bibliografía

AUZA, Néstor Tomás. *Periodismo y feminismo en la Argentina, 1830-1930*. Buenos Aires: Emecé, 1988.

BATTICUORE, Graciela. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.

_____"Itinerarios culturales. Dos modelos de mujer intelectual en la Argentina del siglo XIX." Revista de Crítica Literaria Latinoamericana. XXII. 43-44, (1996). pp.163-180.

BENÍTEZ ROJO, Antonio. "The nineteenth-century Spanish American novel". en: Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker. *The Cambridge History of Latin American Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. pp. 417-489.

BORGES, Jorge Luis. "El escritor argentino y la tradición". en:*Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974. pp. 267-274.

BOURDIEU, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montressor, 2002.

COLOMBI, Beatriz. *Viaje intelectual: Migraciones y desplazamientos en América latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2004.

FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto. *Calibán: Apuntes Sobre La Cultura En Nuestra América*. México: Editorial Diógenes, 1974.

FREDERICK, Bonnie. *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del ´80*. Buenos Aires: Seminaria, 1993.

_____"El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla". en: Lea Fletcher. *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria, 1994. pp. 246-251.

HANWAY, Nancy. *Embodying Argentina: Body, Space and Nation in 19th Century Narrative*. Jefferson, N.C: McFarland & Co., Publishers, 2003.

JAGOE, Eva-Lynn Alicia. "Familial Triangles: Eduarda Mansilla, Domingo Sarmiento, and Lucio Mansilla". Revista Canadiense de Estudios Hispánicos 30.2 (2005): 507-23.

JÁUREGUI, Carlos. *Canibalia: Canibalismo, Calibanismo, Antropofagia Cultural Y Consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, 2008.

LOJO, María Rosa. "Eduarda Mansilla: entre la «barbarie» yankee y la

utopía de la mujer profesional". Gramma. XV, 37 (Septiembre 2003). pp.14-25.

_____Introducción. en: Eduarda Mansilla. *Lucía Miranda: 1860.* Textos y estudios coloniales y de la independencia, 14. Madrid: Iberoamericana, 2007.

MANSILLA, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: Stockcero, 2006.

_____ "Política europea", *El Nacional*, 29 de noviembre, 1880. Sin paginación

MASIELLO, Francine. *Between Civilization and Barbarism. Women, nation & Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln & London: U of Nebraska P, 1984.

MONTELEONE, Jorge. *El relato de viaje: de Sarmiento a Umberto Eco*. Buenos Aires, República Argentina: Librería Editorial El Ateneo, 1998.

PAATZ, Annette. "Relato de viajes y escritura de mujeres: Recuerdos de viaje por Eduarda Mansilla de García". Género y géneros: escritura y escritoras iberoamericanas 2 (2006). pp. 67-77.

PÉREZ-MEJÍA, Ángela. *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.

POMBO, Rafael. Prólogo. Eduarda Mansilla. *El médico de San Luis*. Buenos Aires: Impr. de La Paz, 1860. (reproducido en *La Ondina del Plata*, 9 de mayo de 1975. p.159).

POZZI, Graciela. *La Generación del 80 (1880-1914)*. Cuadernos Simón Rodríguez, 11. Buenos Aires: Fundación Simón Rodríguez, Editorial Biblos, 1980.

PRATT, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Trad. Ofelia Castillo. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

PRIETO, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1996.

RAMOS, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

SCATENA FRANCO, Stella Maris. *Peregrinas de outrora. Viajantes latino-americanas no século XIX*. Florianópolis: Editora Mulheres, 2008.

SIMMEL, George. *The Philosophy of Money*. Trad. Tom Bottomore y David Frisby. Londres; Boston: Routledge & Kegan Paul, 1978.

SPICER-ESCALANTE. Introducción. en: Eduarda Mansilla. *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: Stockcero, 2006.

SZURMUK, Mónica. *Women in Argentina: Early Travel Narratives*. Gainesville: University Press of Florida, 2000.

TORRE, Claudia. "La intimidad histórica. Apuntes sobre la biografía cultural de Eduarda Mansilla de García". en: AAVV. *Fronteras Literarias en la Literatura Latinoamericana*. *Actas de la XI Jornada de Investigación*. Buenos Aires: Instituto de Literatura Hispanoamericana, 1996.

URRACA, Beatriz. "'Quien a Yanqueland se encamina…' The United States and Nineteenth-Century Argentine Imagination". Ciberletras 1.2. 2000. http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v01n02/Urraca.htm

VENIARD, Juan María. *Los García, los Mansilla y la música*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Musicología *Carlos Vega*. Dirección Nacional de Música. Secretaria de Cultura. Ministerio de Educación y Justicia, 1986.

VIÑAS, David. *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

_____ *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2005.